

Tortillerías Progreso

Ernesto Alvarado

Ernesto Alvarado TORTILLERÍAS PROGRESO



Capítulo 1

En la esquina noroeste de la intersección de la Avenida Progreso con la Calle Plata, Doña Silvia abre la tortillería de Don Lupe de lunes a lunes, antes de cada amanecer y de forma ininterrumpida desde hace 22 años. Don Lupe es considerado uno de los emprendedores más audaces de su ciudad, a sus 32 años ya poseía: una línea de tortillerías, una flotilla de taxis, un rancho productor de leche y algunos cuantos invernaderos de tomate Cherry. Seguido es invitado a participar en entrevistas con medios de circulación local. Da charlas en universidades, colegios y asociaciones civiles; inaugura eventos públicos y privados. Preside concursos y, dos veces a la semana visita el bar de su primo José en donde juega dominó con sus colegas del círculo. Es un hombre cálido pero desconfiado, obstinado y prepotente con la gente que le sugiere alguna amenaza. Para comprender su disparate basta con voltear a su infancia. Vivió sus primeras aventuras entre campos áridos y caballos desnutridos, bajo el seno de una familia acomodada y disfuncional. Don Eusebio De La Cuesta e Hijar, su padre; hombre consolidado en la política local, amante de la caza y la tauromaquia, brilló por su ausencia gracias a su activa participación en los mítines de derecha. Murió joven derivado de sus infinitas reuniones de trabajo, no por estrés, sino porque una madrugada lluviosa cuando regresaba del bar de Don Antonio, en donde solía reunirse con su compadre el Lic. Lucio, estampó su camioneta contra uno de los encinos que enmarcaban el camino de entrada al porche de su rancho. Huérfano a sus 23 años de edad, Don Lupe heredó todos los bienes de su padre, o al menos eso aseguraba un testamento firmado con un garabato de dudosa procedencia. Al salir de la notaría en donde se dió lectura del documento, ya lo esperaban unos tres desconocidos para proponerle sus primeros negocios. Todos terminaron en fracaso al cabo de pocos meses, consiguiendo degradar el apellido familiar. Las desventuras del desafortunado debut de Don Lupe en el mundo de los cuellos altos llegaron a su padrino, El Lic. Juan Lucio Saenz Ichiberri quien portaba con honores la banda presidencial del ayuntamiento. Preocupado por su ahijado, utilizó unas cuantas relaciones para postularle como presidente de la Asociación de Industriales de la Masa y la Tortilla y, con el visto bueno de la Cámara de la Industria de los Alimentos, pronto pudo recuperar su estabilidad económica y apuntalar su carrera de empresario a través de su primer negocio exitoso, la línea de tortillerías Progreso.

Pero eso no es lo importante, la historia que nos interesa es la de Doña Silvia, una mujer de avanzada edad que vive con su esposo, Don Juan, a contra esquina del empleo que cambió su vida. Doña Silvia se estrenó como asalariada a sus 45 años, por el favor de un accidente que sufrió su esposo al caer del segundo piso de la obra en la que trabajaba. El suceso le impediría seguir desempeñando sus actividades como oficial albañil,

ocupación que había heredado de su padre, quien lo había heredado de su abuelo. El caos inició con las noticias de los abogados, su tipo de contrato no le beneficiaba, y a bien le aconsejaron tomar como indemnización tres meses de salario y una vieja camioneta que le ofrecía su ex patrón. Con ese dinero y con hijos en edad de apetito descontrolado y, aún muy jóvenes como para heredar su conocimiento, decidió junto a Doña Silvia hacer lo que mejor sabían. Abrieron una cenaduría en el zaguán de su casa. Con sillas y mesas fabricadas con polínes arrancó su negocio de la mano de sus familiarmente reconocidas, enchiladas rojas rellenas de queso y cebolla; servidas con lechuga, papas y zanahorias fritas; acompañadas con crema, queso ranchero y chiles en vinagre. Dos meses después del despegue, llegó a sus puertas un aviso de regularización que sabía a lo que sabe la frustración. El ayuntamiento bajo las órdenes del Lic. Lucio (quien años después sería galardonado como el mejor presidente municipal en la historia de Cerro Alto, gracias al programa de desarrollo social "negocios formales, negocios prósperos"), les urgía detener operaciones antes de que las multas tapizaran sus carteras. Asignó como supervisor de la zona al Jefe Ricardo Lobato quien amablemente les pidió se acercaran a su oficina y prometió, que con su apoyo, en solo un par de semanas retomarían el guiso con todas las de ley. Al día siguiente, a primera hora, Doña Silvia y Don Juan tomaron camino en su vieja camioneta blanca. El Jefe Lobato, que se caracterizaba por sus múltiples inspecciones de campo, les hizo esperar unas cuatro horas en los sillones deteriorados de la sala de una oficina que olía a termita y adobe mojado. Finalmente cuando los pudo recibir se limitó a entregarles unas copias engrapadas que indicaban la documentación que deberían presentar para conseguir su permiso. Con las letras enredadas en el hipotálamo, Doña Silvia comprendió que sería imposible cumplir con los requisitos solicitados. Su esposo recibió siempre en efectivo el pago por su trabajo en la obra, no tenían alta ante la secretaría de sabe que cosa y, las únicas actas de nacimiento que tuvieron las habían perdido en la inundación de su casa un 23 de septiembre cinco años atrás. Aún así lo intentaron, utilizaron lo que les quedó de la indemnización para pagar a la Ing. Barriga las gestiones. Sin embargo, la vida parecía no sonreírles pues dos meses después del pago, la ingeniera borró rastro de su paso por Cerro Alto.

Deprimida y con ya algunas deudas familiares en su espalda, Doña Silvia decidió buscar empleo, por suerte no tuvo que recorrer muchos pasos, en la tortillería que recién abría, se ofrecían vacantes. Las únicas condicionantes eran: saber cobrar, leer, escribir y abrir de lunes a lunes antes de que el sol toque las puertas. Con fortuna, Doña Silvia, solía levantarse temprano todos los días.